

★★★★★
VALLEHERMOSO

MERCADO MUNICIPAL
DE ABASTOS
VALLEHERMOSO





Mercado de Vallehermoso. Madrid

El tren

Javier Sagarna

Se sentaron a la mesa y, durante unos minutos, Soria pensó que ella sería capaz de no mencionarlo. Sirvieron la sopa, sin una mirada al plato del hijo a su derecha, y Bárbara comenzó a comer con los ojos turbios, fijos en el estampado de colores vivos del hule de la mesita. Soria abrió el vino y se sirvió un vaso. Se preguntaba si sería prudente encender el televisor. —¿Cuánto ha sido? —dijo ella inesperadamente, con un tono nasal y amargo.

—Poco —se defendió él.

—¿Cuánto es poco?

Dudó un instante antes de responder.

—Ciento cincuenta, algo menos.

Ahora Bárbara sí que levantó la cabeza, la rabia brillaba dentro de sus pupilas. Había sido hermosa, mucho hace algunos años, y aún seguía siéndolo a pesar de ese aire algo gastado que los disgustos y las estrecheces le habían dado a su rostro. Pero, al contrario que entonces, ahora Soria la temía.

—Así que ciento cincuenta es poco. ¡Qué más da, claro! ¡A quién le importan ciento cincuenta!

Él se sirvió otro vaso de vino, pero apenas se mojó los labios. Ahora todo vendría detrás. Se sintió afortunado cuando la llegada del hijo les interrumpió. Escucharon la llave en la cerradura y enseguida entró con paso firme, empapando el parquet con el agua que goteaba de su chamarra. Llegó hasta la mesa y le dio un beso a su madre.

—¿Habéis empezado? —preguntó como si no fuera evidente—,

el tráfico está hecho un desastre con esta lluvia. Soria hubiera preferido una disculpa explícita, pero se limitó a saludar a su hijo con un gesto y a seguir comiendo en silencio hasta que se quitó la ropa mojada y se sentó a la mesa, entre sus padres. El hijo de Soria tenía el pelo largo, no una melena, pero sí uno de esos pelos que parecen siempre descuidados, limpios –se lavaba, faltaría más– pero faltos de peluquería. Era abierto y expansivo, eso decía todo el mundo, un tipo simpático, y tenía un resto del encanto que había hecho irresistible a su madre, sus brillantes ojos azules, pero algo en él daba la impresión de estar siempre al acecho, como esperando. Contó un par de anécdotas mientras revolvía la sopa que humeaba en su plato, los clientes que siempre querían tirar un tabique, discutir el precio, o cerrar una terraza que era lo mejor del piso, y al fin preguntó:

–¿Qué tal la mañana?

–Pregúntale a tu padre –gruñó ella.

Soria sintió los ojos de ambos sobre él. Se encogió de hombros.

–Mal –dijo al fin.

No tuvo que explicarle nada, para qué. Había sido igual que las otras veces: los cuatro chavales se plantaban frente al puesto, detrás de alguna clienta, y le enseñaban la navaja, apenas a unos centímetros del costado de la mujer. Luego, a un gesto del más alto y fuerte, Soria se apartaba de la caja y cualquiera de los demás pasaba dentro y echaba mano a lo

que podía pillar. Y él se quedaba allí, viendo cómo se iban tranquilamente, pantalones estrechos y chaquetas de cuero, hacia la puerta de Vallehermoso. A veces la clienta ni se enteraba; otras veces, sin embargo, la mujer lo azuzaba furiosa:

–Pero persígales, hombre, denúncielos.

Lo mismo que ahora le decía su hijo.

–No puedo entender cómo no los denuncias, si sabes perfectamente quiénes son.

Y se quedaba mirándolo con ese aire de acecho en sus ojos azules, esa expectativa, que tanto se parecía ahora a la de su madre. ¿Qué podía responder?, ¿que no valía la pena? Daba igual. Nada de lo que dijera, de eso estaba seguro, iba a cambiar esa mirada.

–Será que soy un cobarde, hijo, eso será.

Lo dijo sin pensar, para acabar el tema, pero Bárbara se levantó con tanto ímpetu que la silla estuvo a punto de caer de espaldas. Abrió la boca, estuvo a punto de decir algo. Luego tomó la sopera y desapareció camino de la cocina. Todo el mundo conocía a Soria en el mercado de Vallehermoso. Entraba de los primeros, muy a primera hora, y preparaba el género solo, lejos del bullicio de los cuatro chavales de la frutería grande del 35.

Su dueño, un hombrón que mordisqueaba un puro ya antes del café y al que todos llamaban Gordo, le había ofrecido varias veces una cifra ridícula por el puesto que él había





rechazado con firmeza, aunque tanto el Gordo como él sabían que era cuestión de tiempo. Las cosas no iban bien y no iban a cambiar, eso estaba claro, los del 35 le habían ganado la partida y la clientela. Últimamente incluso tenían también género exótico, frutas tropicales, delicias francesas, rarezas de chinos que al Gordo le gustaba despachar en persona, exhibiéndolas ante las clientas con modales untuosos, como si fueran joyas, invitándolas a oler, a probar. Había algo en aquellos modales que a Soria le repugnaba, pero aquellas mujeres sonreían, y olían y probaban, y más de una vez acababan por llevarse unas piezas.

De todas formas, cada mañana Soria amontonaba las frutas por tipos en los canastos de mimbre, apilaba las verduras en la balda corrida del otro extremo del puesto, distribuía, comparando con la lista que le preparaba Bárbara, con cuidado de no equivocarse, los carteles con los precios y echaba el día en la espera, sin más novedad que, estas semanas, la gracia de los macarras de la navajita.

Aquella tarde, el Gordo volvió a pasar a verle.

—No he sido justo contigo, Soria —dijo sin sacarse el puro de la boca.

—No está en venta.

Aunque no hacía falta, se puso a ordenar el montón de las manzanas rojas. Llevaban demasiado tiempo en la cámara, no tenían buena pinta. Gordo dio unas vueltas al puro entre los dedos y añadió una cifra, una cifra sorprendente.

—Es hora de que nos pongamos serios, ¿no crees? Yo quiero este puesto y tú, seamos francos, no le vas a sacar ese dinero en diez años.

—Es posible.

Por primera vez no había respondido con una negativa tajante y el Gordo lo notó.

—Piénsatelo, Soria.

—Lo haré.

Gordo sonrió dejando a la vista sus dientes sucios y pequeños.

—Estupendo —dijo.

Y se alejó por el pasillo, pesado y algo bamboleante, dejando una estela de humo a su espalda, como un tren.

Soria llegó a casa pronto, antes de lo normal. Aunque había sabido no manifestarlo delante del Gordo, la oferta le había parecido, esta vez sí, una salida. El final de las manzanas picadas y los suelos sucios, de las tardes lentas, del frío nocivo de la cámara. El final, también, de los chavales de la navajita. Pensar que no tendría que volver a dar cuenta a Bárbara de sus robos, no ver esa mirada ni sus lágrimas, ni la sucia satisfacción nunca expresada del hijo, pensarlo, se le fue la tarde en pensarlo.

Por eso subió la escalera con prisa, con la incertidumbre en las tripas. Bárbara se había hartado de gritarle que se echara al Gordo a la cara y le pidiera lo que el puesto valía, estaba hablado, estaba hecho. Pero ahora, era difícil saber.

Se había preparado para su ceño, para sus gritos, para su alegría, difícil saberlo, pero al abrir la puerta sólo encontró silencio. La casa estaba oscura y así la mantuvo, apenas una luz en la mesita y el resplandor gris de la televisión. Esperó hasta mucho después de la hora para prepararse una tortilla y seguía despierto cuando escuchó las llaves en la cerradura y el





abrirse silencioso, de pies descalzos y zapatos en la mano, de la puerta. El alivio se le disipó al reconocer al hijo.

—¿Qué haces despierto? —le preguntó el chico. Llevaba unas copas, pero no podía decirse que estuviera borracho.

—¿Sabes algo de tu madre?

Se arrepintió de inmediato, pero ya estaba hecho.

—Si tú no lo sabes, ya me dirás cómo voy a saberlo yo —dijo el hijo mirándole retador, más allá del acecho ahora.

Soria se encogió de hombros y se giró hacia el pequeño sofá estampado que presidía el cuarto de estar. En las noticias, sin volumen, un grupo de personas con camisetas blancas se esforzaban para devolver al mar a un grupo de ballenas varadas en alguna playa lejana.

—¿Y si se ha ido? —dijo la voz del hijo a su espalda.

Soria se refugió en el sofá. El hijo se interpuso delante del televisor antes de que subiera el volumen.

—Puede haberse ido, ¿sabes?, después de lo de esta tarde.

Estaba indignada, y con razón. No lo entiende, ¿sabes?, no hay quien te entienda —Soria se forzó a levantar la mirada—. ¿Cómo puedes ser así?, ¿es que no te importa nada? Seguro que ni siquiera has comprobado si su ropa sigue en el armario.

—Está allí —respondió Soria.

Pero su hijo ya estaba en su habitación, abriendo y cerrando puertas y cajones. Volvió enseguida, aparentemente más calmado.

—Todo esta en su sitio —anunció, antes de sentarse enfrente de su padre.

Soria asintió con un gruñido.

—¿Pero dónde puede estar?, ¿has llamado al hospital?, ¿a la policía? —y le miraba esperando una respuesta.

Fue como si esa sopa oscura que hacía ya tanto le bullía dentro se hubiese desbordado, entrado en erupción, un oleaje amargo que se le derramó en palabras, en gestos.

—¿Y por qué no sales y la buscas tú?! ¿Quién te crees que eres para sentarte ahí a hacer preguntas como si yo tuviera que saber la respuesta? El niño, tirado ahí, “¿dónde está mamá, dónde?” ¿Te crees que yo no llevo toda la noche pensando lo mismo, que no se me ha ocurrido mil veces abrir los armarios, llamar a todas partes, comprobarlo todo?

El chico ni siquiera había intentado despegar los labios.

Sentado allí, con el pelo tan desaseado como de costumbre, le miraba como a un tornado, con la sorpresa en el lugar de su eterna expectativa.

—No tengo ni idea de si tu madre se ha largado o dónde mierda anda —continuó Soria—, ni idea, ¿lo entiendes? Y lo último que necesito es que vengas ahora tú a hacerte el interesante y a decirme si me importan o no las cosas.

Se calló. De pronto estaba agotado, pero también de pronto se sentía tranquilo, fuerte, satisfecho. De repente, no le asustaba que ella no volviera, que su hijo —que seguía mirándole casi boquiabierto, sin reaccionar— se levantara indignado, ningún miedo a que le pegara —no, eso seguro que no iba a hacerlo—, a que saliera por la puerta dispuesto a no volver tampoco él. Ningún miedo.

Al cabo de unos instantes el hijo se levantó.

—¿Dónde vas? —preguntó Soria.
 —A la cama —contestó él, con un deje de chulería en la voz.
 —Siéntate —el chico hizo amago de echar a andar—. He dicho que te sientes.
 —Vaya noche que tienes —gruñó, pero se dejó caer en la butaca.
 —¿Te dijo ella algo antes de irse?
 —Nada, pero...
 —¿Pero?
 —Se arregló, se puso guapa —añadió con malicia.
 Soria buscó algún consuelo en la muda pantalla de la televisión, pero sólo encontró dos coches lanzados a la carrera por las calles de San Francisco. Siguió la persecución durante un rato, pensando en los chavales de la navaja, pero antes de que llegara el accidente su hijo habló:
 —Hoy he tenido un cliente de lo más raro.
 —Qué más da eso ahora.
 —Quería una casa oscura —continuó el hijo, como si no le hubiese oído—. Pasa a veces, los hay que quieren casas oscuras, interiores, no quieren luz. Algunos trabajan por la noche y otros, vete a saber. Pero este tío buscaba un sótano, sin ventanas, no le preocupaba el ruido durante el día, sólo la luz, que no hubiera. Al final tuvo que conformarse con un interior muy cerrado, con ventanas, claro, pero muy pequeñas, uno de esos pisos que uno piensa que nunca va a sacarse de encima. Pero lo mejor ha sido lo del precio, no quería saberlo. Le voy a decir el precio y el tío se da la vuelta. “No me interesa. Usted póngalo en el contrato”. ¿Te lo

puedes creer?, un tío que se compra una casa sin discutir el precio.
 Soria asintió sin apartar la vista de la televisión. Acababa de apagarla.
 —Ya te imaginas que ha sido llegar a la oficina y sumarle dos kilos. Nadie se lo podía creer, un tío que no pregunta el precio, lo nunca visto. Me ha resuelto el mes el tipo raro. Estaba claro que el hijo esperaba algo, una sonrisa, una reacción, pero Soria seguía muy quieto, las manos caídas, la vista fija en el televisor. Su hijo sonreía y se revolvía en la butaca.
 —Igual es mejor que te vayas a la cama —dijo Soria al fin.
 —No podría dormir.
 —Seguro que puedes.
 —La verdad es que estoy hecho polvo. Ha sido un día duro.
 —Con el de las ventanas...
 —Con el de las ventanas y con los demás, que no he parado.
 —Pues vete, ya la espero yo.
 El hijo se levantó alisándose los pantalones con las manos. El pelo ahora también estaba sucio.
 —Si hay algo...
 —Claro, ya te aviso.
 El hijo salió y Soria le oyó trastear primero en su cuarto y luego en el baño. Pensó que igual él debía de hacer lo mismo, acostarse y tratar de dormir. A fin de cuentas, todavía no había vendido el puesto y alguien tendría que abrir la cortina de acero, y sacar la fruta de la cámara y tratar de pasar toda aquella mercancía por género de primera. Sí, alguien tendría





que estar allí para apartarse cuando le sacaran la navaja. Era lo mejor, acostarse. Pero se sentía pesado, como si cada uno de sus miembros pesara cien kilos. Se imaginó bamboleándose, pasillo adelante hacia su cama, y enseguida se sintió aún más pesado. Inamovible.

Entonces entró su hijo en pijama, con el pelo sucio y largo. Se quedó apoyado en el respaldo del sofá, mirándole. Le pareció que dentro de sus ojos había algo, algo limpio por una vez.

—¿Crees que va a volver?

—Seguro, hijo —respondió Soria, sin ser capaz de fingir una carcajada—, de eso puedes estar seguro.

Javier Sagarna

Licenciado en Farmacia. Finalista del Premio NH de relato breve 1999 y 2003, tiene cuentos publicados en varias antologías, entre las que destaca Balas perdidas (Ed. Adamar, 2005). En 2006 publicó la novela Mudanzas (Gens Ediciones, 2006) que recibió una excelente acogida de público y crítica.

Director de la Escuela de Escritores, tiene una larga experiencia docente y, en la actualidad, imparte cursos de Relato Breve y de Proyectos Narrativos.

Asimismo, colabora en diversos medios de comunicación, entre los que destaca el programa Hoy por hoy de la Cadena SER.

MERCADO DE VALLEHERMOSO. MADRID

El Mercado de Vallehermoso está en la calle del mismo nombre, en el distrito madrileño de Chamberí. La construcción del edificio data de 1930 y tiene una superficie construida de 1.800 metros cuadrados, de los que unos 900 metros cuadrados son superficie comercial útil. El mercado cuenta con 40 puestos, de los que un 75% son de alimentación perecedera, entre los que se incluyen 12 carnicerías, 10 fruterías y 8 pescaderías. Las instalaciones del Mercado de Vallehermoso están pendientes de una próxima y ya prevista remodelación, cuyo objetivo es potenciar la oferta de calidad de alimentos frescos.

